

Título de la obra: Todo lo que la noche no pudo destruir

Seudónimo: Petra Xelina

Rama: Verso

Todo lo que la noche no pudo destruir

1

¿Dónde duerme el amor
cuando la noche termina de rompernos?
La lluvia mastica lentamente los tejados,
y el mundo parece un animal cansado
respirando debajo de las sombras.

2

Hay un incendio pequeño en mi pecho,
una lámpara herida que no se apaga.
El silencio abre sus alas sobre la casa,
mientras mis manos buscan en la oscuridad
algo que todavía pronuncie tu nombre.

3

Las calles tiemblan bajo los faroles,
largos cuchillos de luz amarillenta.
Camino entre preguntas sin respuesta,
como quien recoge restos de estrellas
caídas en la orilla del invierno.

4

La soledad me crió entre cenizas,
me enseñó el sabor del pan frío.
Aprendí a dormir con los ojos abiertos
y a esconder el temblor de mi tristeza
debajo de una sonrisa obediente.

5

En cada espejo descubrí una grieta,
un relámpago partiéndome el rostro.
La infancia quedó colgada en un rincón,
como un vestido antiguo lleno de polvo
que aún conserva perfume de lluvia.

6

Entonces apareciste en mi destino,
quieto como los ríos profundos.
Tus ojos guardaban tormentas dormidas,
y tus manos hablaban lentamente
el idioma secreto de la ternura.

7

Nos miramos con hambre de refugio,
como dos náufragos bajo la tormenta.
Tu respiración rozó mi miedo,
y el alma abrió puertas invisibles
que jamás volvieron a cerrarse.

8

Nos besamos con fe de incendios,
con desesperación de animales heridos.
La noche tembló dentro de nosotros,
y el tiempo dejó caer sus relojes
a los pies de nuestra pequeña eternidad.

9

Aún recuerdo aquel dibujo de gatos,
uno blanco y otro cubierto de sombra.
Dormían abrazados sobre el papel,
como si el amor pudiera salvarse
del filo invisible de la distancia.

10

Éramos contraste y semejanza,
dos heridas latiendo en el mismo cuerpo.
Tú eras invierno tocando mi espalda,
yo una lámpara buscando refugio
contra el viento feroz de la ausencia.

11

También me dejaste un pequeño león,
tu infancia convertida en promesa.
A veces lo abrazo durante las noches
cuando el frío rompe los cristales
y la memoria vuelve descalza.

12

Hubo cartas escritas con temblores,
palabras ardiendo bajo mis dedos.
El papel envejeció lentamente,
pero su voz continúa despierta
como brasa escondida bajo la ceniza.

13

Te amé en las cosas más pequeñas:
la calma tibia de tus silencios,
el roce leve de tus manos cansadas,
la manera en que mirabas el mundo
como si aún creyera en la belleza.

14

Te amé como se ama al viento,
sabiendo que jamás pertenece.
Toda ternura tiene algo de despedida,
algo de pájaro herido en la lluvia
batiendo las alas contra el vacío.

15

Después llegó el reino del silencio.
La distancia entró sin hacer ruido.
No hubo promesas rotas ni gritos,
solo un vacío creciendo despacio
entre nuestras respiraciones cansadas.

16

Tu ausencia se volvió perfume triste,
flotando sobre mi almohada vacía.
El dolor dejó de alzar la voz,
pero siguió respirando en la sombra
como animal que nunca cicatriza.

17

Las lágrimas aprendieron a secarse,
dejando sal sobre mi memoria.
Cada cicatriz se volvió un verso,
cada herida una flor obstinada
abriéndose bajo la tormenta.

18

A veces regreso a los lugares
donde alguna vez reímos juntos.
Todo conserva tu sombra encendida:
las paredes, la lluvia, las ventanas,
el eco invisible de tu respiración.

19

El viento trae fragmentos de tu risa,
pedazos rotos de nuestra alegría.
Y vuelvo a temblar en secreto,
como mariposa atrapada en hielo
sin saber hacia dónde escapar.

20

He aprendido a vivir con la herida,
a caminar sosteniendo ruinas.
El tiempo no cura las ausencias,
solo enseña a respirar despacio
con el corazón abierto y sangrando.

21

Pero incluso dentro de la tristeza
algo pequeño continuaba brillando.
Una luz mínima entre mis huesos,
una semilla ardiendo en silencio
debajo de todas mis ruinas.

22

Entonces comprendí que sobrevivir
también podía ser una forma de arte.
Cada mañana vencida por mis pasos
era una batalla secreta y hermosa
contra la oscuridad del mundo.

23

Las noches dejaron de devorarme.
Aprendí a escuchar mi respiración.
La luna peinaba lentamente mi ventana,
y mis ojos comenzaron a reconocer
la ternura escondida en el vacío.

24

Hay dolores que vuelven más humana
a la frágil materia del alma.
Como árboles golpeados por tormentas,
aprendemos a sostener el cielo
aunque las raíces sangren debajo.

25

Miré mis manos durante el amanecer,
llenas de cicatrices invisibles.
Parecían alas después del incendio,
mariposas cansadas y temblorosas
buscando calor entre las cenizas.

26

Comprendí que aún seguía viva,
a pesar de todas las despedidas.
El corazón continuaba latiendo
como tambor antiguo bajo la lluvia
negándose a desaparecer del mundo.

27

Desde entonces abrazo mis sombras,
les doy un lugar en mi mesa.

Porque toda tristeza contiene semillas
y toda ruina guarda secretamente
una pequeña lámpara encendida.

28

Ya no le temo tanto al silencio.
Ahora escucho lo que me revela.
Dentro de él habitan viejos pájaros,
fragmentos de mi infancia perdida
y voces que todavía me sostienen.

29

A veces el alma parece un bosque
cubierto por humo y relámpagos.
Pero incluso en la noche más fría
existe un animal diminuto y terco
defendiendo el fuego de la vida.

30

Pienso en todas las muchachas tristes
que esconden océanos bajo los ojos.
Las que aprendieron demasiado temprano
que crecer también significa perder
partes sagradas de uno mismo.

31

Pienso en las madres silenciosas,
en los hombres quebrados por el hambre,
en los niños mirando ventanas vacías,
en quienes cargan la tristeza del mundo
como piedra clavada en el pecho.

32

Todos buscamos una luz secreta,
algo que nos salve del invierno.
Una mano, una voz, una mirada,
un lugar pequeño y verdadero
donde el alma pueda descansar.

33

Quizá por eso seguimos amando,
aunque el amor también nos destruya.
Porque incluso las flores más frágiles
se abren paso entre los escombros
para besar un instante de sol.

34

Yo también fui jardín abandonado,
casa vacía llena de tormentas.
Pero algo dentro de mis ruinas
continuó levantándose lentamente
como humo después del incendio.

35

Hoy llevo mis heridas encendidas,
no como castigo, sino memoria.
Cada cicatriz cuenta una batalla,
cada lágrima guarda una semilla
de resistencia creciendo en silencio.

36

Tu recuerdo ya no es únicamente dolor.
También es la prueba de mi fuego.
Porque después de haberte perdido
descubrí una fuerza desconocida
respirando debajo de mis sombras.

37

Hay noches donde todavía vuelves,
figura borrosa detrás de la lluvia.
Tu voz golpea suavemente mi pecho
y el pasado abre sus ventanas
sobre la ciudad dormida y fría.

38

Sin embargo ya no me destruye.
He aprendido a mirar la tristeza
como se observa un río oscuro:
con respeto, con melancolía,
pero sin dejarme arrastrar por él.

Ahora entiendo que la belleza
no nace únicamente de la alegría.
También florece entre las ruinas,
en las almas que siguen amando
después de haber tocado el abismo.

40

Y aunque el tiempo siga avanzando,
aunque tu nombre tiemble en mi sangre,
aunque existan noches interminables
donde el alma parezca apagarse,
mi luz continuará respirando.

41

Porque fui herida y sobreviví.
Fui silencio y todavía canto.
Fui sombra perdida entre tormentas
y aun así logré encenderme
contra la oscuridad del mundo.

42

Esta es mi pequeña eternidad:
un corazón ardiendo en secreto,
unas alas reconstruidas lentamente,
y una llama diminuta resistiendo
debajo del perfume de la ausencia.